FILOSOFÍA

DE LA

ELOCUENCIA ESTERIOR.

Actio est eloquendi comes, et quasi corporis quædam eloquentia.

Cic. in Orat.

La elocuencia escrita es como la música sobre el papel; ambas yacen allí muertas, y ambas necesitan del ausilio de la voz, y tambien de la accion, que les dé espíritu y vida para escitar el oido y corazon del oyente. No por otra causa es esta parte de la elocucion oratoria la mas esencial al que ha de mover y persuadir á otros; pues el fruto y la gloria que con la pronunciacion alcanzaron los antiguos, son el mayor testimonio del esmero con que cultivaron este arte dichoso, y el mas eficaz egemplo de la importancia de su estudio para los modernos.

Con unas mismas palabras podrá el que habla, ó lée, mover á risa, ó á llanto, á lástima, ó á indignacion. Tanto imperio tiene la voz viva en los ánimos; y tanta influencia el talento de decir, que, si no mas difícil, es mas raro que el de escribir, y cuando no haya ganado siempre tan sólida y duradera fama, ha ganado en recompensa mas triunfos, y aplausos mas lisongeros, por nacer estos del movimiento, y presencia popular.

Claro está que es grande la diferencia entre el orador que habla á sus oyentes y el que escribe para la posteridad. El primero debe enfervorizarse con mayor facilidad, porque un numeroso concurso y el aparato del lugar forzosamente han de exaltar su ánimo. En esta situacion los afectos pasan del orador al auditorio, y de este vuelven al orador; no de otra suerte que por el reflejo los rayos de la luz vuelven al cuerpo que los despide. Por otra parte su voz, su acento, sus ojos, y todos sus movimientos, de acuerdo con la pasion que le anima, testifican la verdad de esta misma pasion. Hiere y agita los sentidos, y por ellos se enseñoréa del ánimo de sus oyentes, y le conturba á su arbitrio.

Todos estos efectos son muertos, como hemos dicho, en la elocuencia escrita: en el papel todo es tranquilidad y silencio. Leemos, es verdad, al orador, mas no le oimos, ni le vemos; está ausente para nosotros; y así, ni las inflecciones de su voz, ni su gesto, ni su accion, nos dan testimonio de la verdad de lo que dice: solo su pensamiento es el que habla al nuestro con caractéres mudos. Los frutos de la elocuencia escrita son mas dificiles, si no mas inciertos, ó lentos de conseguir: la elocuencia hablada, ciega la mies y la arrebata juntamente. Y no será otra la causa por que leemos frecuentemente arengas y sermones, que habiendo grangeado ilustre fama á sus autores cuando los pronunciaron, los hallamos ahora frios, desaliñados, comunes, y tambien incorrectos; y mas me atrevo á decir, que algunos de ellos, para conservar la reputacion del orador, no debian haberse dado á la prensa. Estos oradores pudieron seguir el egemplo de Pericles quien,

sin embargo de haberse dicho en su loor que la diosa de la persuasion moraba en sus labios, y que con su voz y accion conmovia la Grecia toda; jamas publicó ninguna de sus oraciones, conociendo que sin el socorro de su gesto y de su acento, desaparecería su mérito y celebridad.

En vano, pues, se darian reglas y egemplos del bien decir, si no se cuidase con preferencia del modo de decirlo bien, esto es, del tono conveniente con que se ha de animar la espresion, que es el alma del discurso y el móvil de los afectos. Este tono y este modo con que el que habla á los otros declara las ideas y el sentimiento de que está poseido, piden tantas variaciones cuantos son sus respectos y comparaciones entre los objetos que se propone y la diferente fuerza y grado de energía con que debe representárselos: porque, al modo que un buen pintor no toca con la misma luz todas las figuras y sombras de un cuadro: asi tambien el orador discreto, dueño de sí y del asunto, no dará una misma fuerza á todos sus afectos ni una misma viveza á todas sus pinturas.

En el arte de decir las cosas podrá caber la aplicacion de ciertos preceptos, ó por decirlo mejor, de ciertas observaciones generales, para formar el lenguage peculiar del orador. Pero de lo que vamos á tratar aqui es del tono y aire con que se debe hacer espresivo y enérgico este lenguage; y son *pronunciacion*, y *accion* que componen las dos partes en que se divide la elocuencia esterior.

PARTE I.

DE LA PRONUNCIACION.

Preguntado el famoso orador Demóstenes ¿cuál le parecia el primero y principal precepto en la elocuencia? respondió la pronunciacion: preguntado ¿cuál le parecia el segundo? repitió la pronunciacion: preguntado otra vez ¿cuál el tercero? no respondió otra cosa sino la pronunciacion. Tal era el dictámen del mas famoso orador de Grecia, que fué recibido y celebrado despues como máxima del arte por los Romanos.

Por *pronunciacion* entendemos aquel acento afectuoso que por medio de ciertas inflexiones de la voz, ó de un tono mas ó menos subido, ó de una recitacion mas viva ó mas sosegada, mas rápida ó mas lenta, espresa los afectos que revuelven el ánimo del que habla, y los comunica á sus oyentes: por tanto, es la parte de la oratoria mas dificil de sujetar á reglas fijas y particulares; porque, si bien el egercicio vence en todas las artes grandes dificultades, en este puede mas el talento que el estudio.

Nunca hallará el lenguage de las pasiones aquel que lo buscáre con fria serenidad. Y es esta una verdad tan conocida en todos tiempos, y sacada tan inmediatamente de la humana naturaleza, que ha pasado á ser aforismo trivial, por no decir vulgar, el precepto de Horacio de que *es menester que llores tú primero si quieres hacerme llorar:* pues, sin necesidad ni noticia de este consejo, lo egercitan poderosamente, para escitar la caridad por la compasion, casi todos

los perdiloseros, y con mas eficacia, sino con mas fruto, los que han convertido en oficio la mendiguez, y en arte su ingenioso clamoréo.

Todo el arte en esta materia está reducido á encender cada uno dentro de su propio pecho la llama que quiere que prenda en el del oyente. El verdadero acento patético, el eficaz, el poderoso, hijo es, no del artificio, sino de la fragua del corazon tierno, que envia á los labios los ímpetus de su ardor: no nacieron, pues de ella, aquellos discursos pronunciados con acompasada y desmayada monotonía, cuyas palabras son sonidos muertos, y por consiguiente ineficaces, y sin sentido.

Es cosa bien sabida que la eficacia y poderío de la voz, animada de la verdadera pasion, fué la que hizo ganar muchas causas á los oradores de la antigüedad; así como tambien en los tiempos modernos han obrado maravillosos efectos en el auditorio algunos apostólicos varones que debieron sin duda esto dominio oratorio á su particular tono de voz, y á su accion. Atribuirlo debemos á estos dos instrumentos, pues, no habiendo quedado, de unos sus sermones, y de otros sino discursos muy comunes en sus obras; la fama de su fruto evangélico no puede tener otro orígen ni principio que el comun consentimiento de los oyentes, conmovidos y convertidos á la vista y voz viva del orador.

El acento es el alma de las palabras, frias y mudas en la escritura; de la pronunciacion reciben calor, sentido, y verdad, porque el tono engaña menos que la palabra: así es que nadie duda de una injuria ó de una burla, aun cuando las voces no sean injuriosas ni burlescas. El orador

que no posee la gracia del énfasis del acento que corresponde á su intencion y objeto, quita toda la fuerza é impresion á la frase mas enérgica. Llamo á este talento una gracia, por ser dón de naturaleza; la cual inspira, y dicta unas reglas claras y fáciles, que el arte, que es hijo suyo, las prescribe por imitacion á todos los oradores. Sin embargo, son muchísimos los que pronuncian, ó con afectacion, ó con languidez, ó con descomedimiento, porque son pocas las almas dotadas de esta natural prerogativa.

Quizás por haber considerado esta parte de la elocuencia como dote natural, y no como talento adquirido; no lo trataron los antiguos de propósito, ni con la estension que las demas: pues el mismo Aristóteles y Ciceron se abstuvieron de prescribirle reglas, y de reducirla á arte. Bastará que el orador busque en el curso de su oracion aquel género de acento que le sugiera las inflexiones de la voz, y los varios temples del tono, adaptados siempre al sentido de las palabras, y sujetando al mismo tiempo la espresion de estas á la del pensamiento, á la situacion en que se halla, y al caracter que representa. Advertencia es esta muy necesaria, porque de ordinario el hombre conmovido dá involuntariamente á sus palabras el colorido de la pasion general que le domina: que es vicio casi imperceptible, y por eso mismo mas comun, pues nadie litiga la causa agena con el mismo tono que la suya propia.

La palabra se acentúa y templa diversamente segun es diversa la pasion que la inspira; ahora con voz aguda, vehemente, remisa, ó suave; ahora igual, variada, pausada, ó rápida en sus inflexiones. De aquí saca el orador los diferentes

tonos de pronunciacion: ya un bajo igual y profundo para la amenaza: ya un alto subido para la ira y la indignacion, pasando velozmemte por todos los intervalos músicos cuando le agita la desesperacion, ó le abate el temor, le eleva la esperanza, ó le alboroza la alegria.

Es tan grande la eficacia y la verdad que en sí tiene el tono y acento de la voz que, si se me permite aquí el testimonio de los animales, vemos que algunos de ellos, sin embargo de carecer de razon y del lenguage racional, y aun del mecánico órgano para articular palabras, se entienden solo por los sonidos, que vienen á formar su dialecto. Las diferencias de este nos las declaran mas los perros, algunas de las cuales alcanzamos, y mas los cazadores. El ladrido y voz de este animal varía, y se deja conocer cuando busca la caza, cuando la halla, cuando hace presa, cuando teme, cuando amenaza, cuando acomete, cuando se queja, cuando se lamenta, cuando pide de comer, cuando defiende la comida, cuando juega, y cuando sale á lisonjear á su dueño.

De cualquier modo que se considere el juego de los afectos, el encanto, digamoslo así, de la pronunciacion no consiste solamente en una mecánica imitacion, sino en una imitacion agradable; pues nadie duda de que la declamacion, para causar este deleite, ha de arreglarse y sujetarse á cierta melodía, de suerte que no pueda conmover al corazon sin complacer al oido. Tal es la causa porque algunas veces un discurso desaliñado é incorrecto roba la atencion por la fuerza del tono que le anima. En este caso el sentimiento del corazon esclaviza las potencias del oyente, quien, olvidándose del orador, solo tiene

presente el objeto que este le pinta. Y es esto tan conforme con la naturaleza, que ésta comunica á los ánimos tiernos una infinidad de modulaciones afectuosas y deliciosas, de que carecen las personas que no sienten: pero; cuidado en no tomar lo afectado por espresivo, ni lo furioso por enérgico.

No hay duda que el placer del sentido que esperimentan los oyentes de la melodía del acento, aumenta el placer moral de la representacion de las pasiones. Y aunque es verdad que las lenguas vulgares, menos acentuadas y prosodíacas, que la griega y latina, carecen de aquel deleite que procedía del ritmo tan poderoso de los antiguos, para dar vigor, variedad y gracia á la armonia poetica: la española, por la feliz trabazon de silabas suaves y sonoras, por la melodía de su acentuacion, sostenida con la variedad y contraste de desinencias numerosas ó por la fluidez ó cadencia de las inflexiones, es la mas á propósito en los tiempos modernos para todas las modulaciones de la espresion grave, dulce, y armoniosa. Ademas la libertad de su sintaxis, y sus trasposiciones tan variadas, y siempre bien recibidas, favorecen al orador que sabe usar discretamente de estas licencias, para dar á su pronunciacion todos los tonos de los afectos mas contrastados.

Muchas veces saca el orador de la medida y desigualdad de los tiempos en un mismo período un particular lenguage. El gozo, por egemplo, que imprime cierta vivacidad á nuestros movimientos, la comunica tambien á la medida. La tristeza, al contrario, cierra el corazon, amortigua los movimientos, y la languidez misma se

pinta en el tono que inspira. Pero cuando el dolor es vivo, y padece ciertas luchas el ánimo; la pronunciacion de la palabra es desigual, ya con pausado, ya con acelerado compas, ó bien se ataja, ó se corta por gracia ó por fuerza del énfasis: última industria de la elocuencia muda. ¡Qué de cosas se dicen entonces, sin acabar de decir ninguna! Por eso los oradores mas espresivos, ó dígase de otro modo, los mas patéticos, son ordinariamente los que dividen los tiempos con mas desigualdad; al contrario, los tibios y tranquilos llevan siempre un paso uniforme, guardando en las cláusulas cierto equilibrio y cimetria.

Sin embargo, de poco servirá que el orador sepa animar sus palabras con la espresion, si el espíritu y calor de esta no llegan á los oyentes. El que solo cuida de la cantidad y calidad de las voces, y no del sentido de ellas, no puede dar espresion á lo que pronuncia: articula, mas no habla; dice, y no siente; y el que no siente, mal podrá hacer que sientan los otros. Y no basta tampoco que el orador sea afectado de una sensibilidad vaga y general: debe sentir particularmente, ya la energía de la lengua, ya el grado de vehemencia y espíritu que pide el asunto, ya la situacion en que se halla para mover y persuadir. El entusiasmo que infundió en los ánimos caídos de los Espartanos el espíritu y canto de aquella elegía de Tirtéo antes de dar la última batalla á los Mesenios, fué efecto de estas tres circunstancias, de las cuales supo aprovecharse como político, como orador, y como capitan.

Muchos oradores obraron prodigios en sus tribunas con el imperio de su voz, como se cuenta de algunos predicadores apostólicos en sus púlpitos, cuyos discursos, leidos, hubieran dejado tibios á sus oyentes. La suma importancia de esta elocuencia esterior, tan necesaria para ganar la atencion y voluntad del auditorio, la conocia en gran manera Demóstenes cuando para corregir y egercitar el órgano defectuoso de su habla, se llenaba la boca de chinitas del mar y arengaba á las olas embrabecidas. Pero, así como son muchísimos los que, destinados al púlpito y al foro, padecen imperfecciones naturales y habituales en su voz, que los preceptos de la retórica no alcanzan á remediar; tambien son rarísimos los que, movidos del deseo de gloria, y de aquella sed y hambre de aprovechar á sus hermanos en la virtud, ó en el celo de la patria, quieran sufrir el egercicio y prueba del orador de Atenas.

Reconociendo esta importancia, leémos en las sagradas letras que Moisés se escusaba con Dios de que era tarda é impedida su lengua cuando le envió á Egipto á gobernar su pueblo; cuya escusa no reprobó el Señor, antes le aseguró que asistiria á sus labios, y le enseñaria lo que habia de hablar. Por eso Salomon se alababa de que con su elocuencia se haria reverenciar de los poderosos, y que le oyesen con el dedo en la boca. Aun armada del poder y vestida de púrpura, necesitaba la elocuencia de la gracia é imperio de la voz, para hacer obedecido y respetado al príncipe con la dulce tirania de los labios, como dice culta y elegantemente nuestro Saavedra.

Prescribir aquí metódica y prolijamente todas las reglas retóricas para la pronunciacion, seria trabajo tan fastidioso como vano; porque muchas de ellas se deben mirar como fútiles y pueriles, y algunas como impracticables. Solo un continuo

egercicio, y la viva voz de buenos dechados pueden servir de verdadero maestro, y no la especulacion de los preceptos. Tampoco se debe tratar aquí de la impertinente análisis del sonido y de la voz, ni de la teoría delicada del juego de este órgano, y de sus oficios: este trabajo es mas propio del anatómico que del retórico, y trabajo tan perdido como el pretender que vea un ciego de nacimiento instruyéndole en la estructura del ojo, y en el mecanismo de la vision.

Bastará que nos reduzcamos á señalar algunas calidades que pueden depender del estudio y egercicio del orador para la perfecta pronunciacion, como por egemplo: 1.° que sea clara y distinta, es decir, que la palabra salga entera de sílabas y de letras: 2.° que marque con su tono la suspension y la terminacion final del período: 3.° que señale con ligeros intervalos la exactitud de la puntuacion: 4.° que empieze la voz lenta y sumisa para que se conserve mas tiempo y mas entera hasta la conclusion del discurso; porque ordinariamente, el que perora, se enardece, ó del mismo asunto, ó del trabajo de la articulacion, y levanta gradualmente su voz sin advertirlo, y casi siempre sin quererlo: 5.° que sea variada, para aliviar la respiracion, y complacer los oidos de los que escuchan, porque no hay cosa mas molesta y enojosa que la monotonía con que algunos principian y concluyen una oracion: 6.° que sea proporcionada al número de oyentes, pues con otro esfuerzo oraba Ciceron en el foro que en el senado: 7.° que sea análoga al asunto y al lugar del razonamiento, pues ni esplicando la sosegada industria de las abejas se ha de tomar el mismo tono, que pintando una tormenta; ni tampoco en el exordio se debe enardecer el orador como en el epílogo: 8.° que no sea la pronunciacion tan veloz que no de tiempo para que haga la debida impresion en los oidos y en los ánimos: 9.° que no sea tan pausada, que cause impaciencia ó sueño al auditorio: 10.° que no sea tan arrebatada, que parezca que habla un energúmeno, ó un hombre sufocado que riñe en una pendencia. En fin reduciremos toda esta doctrina á solos dos puntos, diciendo: que todas estas calidades arriba señaladas de nada servirian para la conveniente pronunciacion, si esta no va regida y guiada por estas sus dos compañeras inseparables, que las enlazan y comprenden todas; *naturalidad*, y *decoro*.

PARTE II.

DE LA ACCION.

La segunda parte en que se divide la elocuencia esterior es la *accion*, la cual se compone del gesto y del movimiento del cuerpo. El primero, que es la espresion del semblante, se forma de infinitas y rápidas modificaciones de la fisonomía, y es la imágen que representa todos los diversos movimientos del ánimo.

Algunos preceptistas retóricos han sido tan prolijos y menudos en prescribir reglas particulares á este arte, que señalaron hasta el número de las arrugas de la frente y el de las pestañadas y arqueadas de cejas que correspondia al desahogo de cada pasion. Olvidábanse sin duda de que la espresion gesticulante es gracia concedida por la naturaleza, en la cual el arte solo pone la de-

cencia y el comedimiento: quiero decir, que solo es efecto del temperamento, esto es de una delicada y sensible organizacion que comunica á las partes esteriores mayor movilidad. En este concepto, ¿qué reglas serian poderosas para infundir caracter y espresion á esos hombres frios y duros, incapaces de recibir impresion alguna, y para convertir, por medio del gesto, en caras parlantes á esas caras que podriamos llamar de piedra? Escusamos teorías y preceptos: el hombre sensible sabe retratarse en su rostro.

Guardese empero aquel que hubiere de perorar en público de afear sus ojos con miradas afectadamente lánguidas, dejandonos distinguir apenas la prunela por entre sus párpados á medio cerrar: menos imperdonables son (me atrevo á decirlo) aquellos furibundos oradores que dirigiendo al cielo su irritada vista, apostrofan á los santos como si estuviesen poseidos del espíritu maligno. No obstante ha de seguir en todo un medio el que es prudente; y ni debe afeminarse tomando el aire de un cupidito ni agitarse con repetidas y descompuestas contorsiones tirando manotadas, y otramente representando la Sibila llena del estro adivinante.

....cui pectus anhelum,
et rabie fera corda tument....

¡Lastima dá ver á un orador buscar en la boveda las palabras que le huyen, y no es menos penible aun verle al otro gritar á ojos cerrados, como ciego que distribuye palos á Dios y á la ventura! No por esto se podrá justificar aquel ojo bailador, que sin cesar y á compas se menea

de un lado á otro como el péndulo de un relox; ó bien aquel friamente atontado, que no sabriamos distinguir del de una estatua. ¿Qué afectos pueden escitarnos un estupido autómata, ó el hombre de yelo, cuyas palabras percibimos, como los oráculos de los antiguos ídolos? En vano mezclarian lo útil con lo agradable; en vano la fuerza de la elocuencia escrita pretenderia brillar en sus discursos; todo será trabajo perdido, si el gesto no acompaña al arte de bien hablar: su voz no causará entonces emocion alguna, y desaparecerá desde el momento la hermosura de sus mas bien tegidas frases.

Cada sentido tiene por privilegio de la naturaleza su lenguage particular. No piense la lengua, dice Antonio Perez, que escede á los otros sentidos en elocuencia, porque puede formar del aire palabras significantes; antes pienso que es el mas engañoso y encantado instrumento, pues del aire obra el engaño. ¿Hay cosa mas engañosa que la lengua? Y si para señal del ánimo dice alguno que son las palabras; mas alto y primoroso lenguage es el que con un movimiento y afecto mudo declara su ánimo y deseo, así como es mas subido el elemento que con menos estruendo obra. ¿Qué harian los amantes, que por miedo del ruido, ó por falta de tiempo, en un instante han de decir su razon, ó su sin razon? Son tambien los ojos intérpretes del corazon, y menos engañosos que la lengua. Finge la boca muchas veces lo que no hay en el pecho, disimulándose con palabras los pensamientos; y estos salen tan distintos de lo que allá dentro son, que abrazamos por amigos á los traidores. Los ojos confiesan siempre la verdad á pesar de su dueño; y sa-

cándole los colores en el rostro, hacen señas de la traicion.

Si los ojos tienen su particular lenguage, nunca es este mas eficaz que con el llanto, y quien llora, lastíma y enternece. Y si la primera diligencia y maestría del que intenta persuadir, es captar la benevolencia del auditorio; el que llora, mueve á compasion y la compasion siempre concilia amor.

El que llora por los males agenos, ablanda y mueve los corazones mas duros y obstinados. Duro y bravo era el de Aquiles, como tantas veces se quejaba Agamemnon; y con todo eso fiaba tanto Briseida en sus lágrimas, que sin decir una palabra, se jactaba que con las suyas lo quebrantaba, lo desmenuzaba, y convertia en polvo. ¡Qué bien viene aquí aquello tan comun como verdadero: *Muger llora, y vencerás!*

Hasta fingidas tienen las lágrimas los mismos efectos: tal es el poder de esta patética demostracion. A esta ingeniosa industria recurrió Ulises en aquella famosa oracion contra Ayace en la contienda sobre las armas de Aquíles. Aunque pudo fiar mucho de su grande elocuencia, fió mas de adornar su exordio con lágrimas; y porque no las tenia verdaderas, las fingió, estregándose los ojos con la mano á manera de quien llora.

El dolor moderado saca las lágrimas á los ojos: el grande las ataja, y las yela. Dolor que puede salir por los ojos, no es sumo dolor, pues la alegría escesiva hace el mismo efecto, no solo en corazones blandos y templados, mas tambien en los duros y bravos, como se vió en el egército romano, donde fué tanta la alegría cuando se presentó Minucio libre ya de la servidumbre que

habia padecido, que hizo esprimir lágrimas tiernas á la fiereza de los soldados.

Si mucho dice el llanto, mas dice el silencio en las ocasiones de dolor. Cuando la apretura y congoja del corazon no da lugar á desplegar los labios; grangéase mas la voluntad del oyente con el ademan de querer, y no poder abrirlos: esta deseada y no articulada espresion es tanto mas subida y enfática, cuanto mas quiebra hácia dentro, quedando solo el mormullo, digamos así, del corazon, ahogado entre los dientes. Esta es la mayor significacion de nuestros íntimos sentimientos, y la fuerza misteriosa de la elocuencia muda.

Al gesto, que es el sobrescrito de los afectos, debe acompañar el decoroso movimiento del cuerpo, que forma la segunda parte de la accion. Este movimiento es involuntario en el hombre que está agitado intimamente de una pasion; y viene á ser la espresion esterior y mecánica de los afectos que tampoco está sujeta á preceptos.

Así nos abstendremos de dar reglas para el tiempo y modo de bajar la cabeza, levantarla, y volverla; doblar el cuerpo, enderezarlo, ó retirarlo; de adelantarse, ó retroceder; de abrir los brazos ó cerrarlos; de estender ó juntar las manos; de abrir ó cerrar los dedos, etc. porque solo el impulso del ánimo guia la accion, y el tono, que, como proceden simultaneamente de un mismo origen, nunca mienten, ni se contradicen. Si hay reglas para estos movimientos, solo serán para moderarlos, y acomodarlos al lugar, al tiempo, ó la clase de los oyentes, á los usos, costumbres, y estilos; pero, como estas circunstancias locales, morales, y civiles, admiten tan-

tas distinciones, las reduciremos, como se ha dicho ya del gesto, á dos preceptos generales: *naturalidad* y *decoro*.

Uno de los defectos de muchos oradores, por otra parte elocuentes, nace de aquel empeño de presentar la razon y la verdad demasiado desnudas, como impresas en un libro; sin acordarse que los oyentes no son puras inteligencias, sino hombres á quienes se les ha de vencer por los sentidos para ganarles el ánimo. La razon por sí sola no es arma activa: si muchas veces contiene al hombre, pocas le escita, y jamas le ha hecho obrar cosas grandes.

Así pues, el que olvida ó desprecia el lenguage de la accion, que es el que habla á los sentidos é imaginacion del oyente, desconoce el arma victoriosa de la elocuencia: porque la impresion de la palabra es siempre débil; y se habla al corazon por los ojos, aun mejor que por los oidos. No fuera provida la naturaleza si, habiendo criado en nosotros tantas pasiones, les hubiera dejado un solo desahogo. ¿Quién dudará, por egemplo, de la necesidad de la accion de las manos, que se puede llamar el idioma comun del género humano? Con ellas llamamos, suplicamos, negamos, amenazamos, despedimos, afirmamos, concedemos, y detestamos: con ellas manifestamos el gozo, la tristeza, el dolor, el temor, la esperanza: con ellas señalamos, el lugar, la cantidad, el número, el tiempo. Pero tambien ¡qué templanza no es menester para no escederse en el modo y en su duracion! ¡Qué discrecion para distinguir lo que debe ser señalado, y lo que no debe serlo! lo que basta que se indique, y lo que se debe dejar adivinar al oyente, con la misma

inaccion y con el silencio, si se puede decir, de los miembros! Pero tambien hemos de convenir en que el orador no es un comediante, y mucho menos un mal comediante, para volar con el águila, arrullar con la paloma, galopar con el caballo, culebrear con el arroyo, mecerse con las olas, etc. La accion y la voz deben acomodarse perfectamente al género de elocuencia que abraza cada uno. Por eso se cuenta que, movido de la fama adquirida por Masillon en la declamacion del púlpito, quiso Baron, aquel célebre actor de París, asistir á uno de sus sermones; y volviéndose, al salir de la iglesia, á un amigo que le acompañaba, le dice: *este es un orador; nosotros unos comediantes.*

El continuo raciocinio, la argumentacion estudiada, ha sido siempre una manía de espíritus pequeños; porque los ánimos grandes y elevados usan de otro lenguage, breve, claro, y enérgico, con el cual mueven á cosas grandes. Prodigios obraron los antiguos con la elocuencia, es verdad; mas ésta no consistia siempre y solamente en la elegancia y copia del decir: antes nunca produjo mayor efecto que cuando el orador hablaba menos. Lo que se siente con vehemencia, no se espresa siempre por palabras: el gesto y la accion alcanzan á donde no pueden alcanzar las voces. ¡Cuantas cosas comienza la lengua que las acaba de esprimir el gesto! Qué circunloquio no seria menester muchas veces para significar lo que dice una seña, un movimiento de los ojos, una palmada, un volver de rostro, una lágrima, el silencio mismo!

Cuando enmudece la lengua, ó por lo inefable del gozo, ó por la fuerza de la pena, ó del te-

mor, proveyó la naturaleza de señas y voces mudas con tan viva y elocuente consonancia, que suelen mover y satisfacer los corazones y los oidos de los ánimos tiernos y generosos, como lo pudiera hacer toda la perfeccion humana de palabras. Y si no, dígalo la buena dicha de algunos pastores y humildes hombres á quienes no se la ganó la elocuencia cortesana.

Las señales características de las pasiones en la accion y gesto de un hombre conmovido, tiranizan los sentidos de los oyentes, y así el orador que soborna la imaginacion, gana luego la voluntad. Esta es la causa porque Cromwell y otros caudillos famosos, sin tener el don de la palabra se hicieron obedecer con tanto entusiasmo de sus secuaces y sus tropas; porque, como en ellos la elocuencia del gesto suplía la de la espresion, tuvieron la apariencia de Demóstenes, y fueron tenidos por tales.

Sobre el caso lastimoso de la muerte de Julio Cesar un orador ordinario para conmover á ira y venganza al pueblo romano, hubiera apurado todos los lugares comunes del arte con una patética pintura de aquella catástrofe; pero Marco Antonio, por mas elocuente, dijo pocas palabras: manda traer el cadáver ensangrentado, y clava los ojos en él. ¡Qué retórica! Este mismo Antonio habia descubierto el pecho de Marco Aquilio, cuya virtud é inocencia defendia, mostrando á los jueces las muchas heridas que en servicio de la patria habia recibido. Habian llamado á juicio á un veterano, el cual rogó á Octavio Augusto se encargase de defenderle. Octavio, ó por ocupado en negocios graves, ó por evadirse de aquella molestia, lo encargó á otro. Enojado el soldado,

dijo con gran despecho: *No busqué yo teniente cuando en la batalla de Accio estabas en peligro; ántes yo mismo me puse en tu defensa, de que estas señales te dan buen testimonio;* y diciendo esto, descubrió el pecho lleno de heridas que habia recibido en su servicio. Cuando Cortés quiso persuadir á Motezuma no le tuviese por un Dios, desnudó parte de su brazo, diciéndole: *esta porcion de mi cuerpo desengañará tus ojos de que hablas con un hombre mortal.* El rostro benigno en los príncipes es un dulce imperio sobre los ánimos, y una disimulacion del poderío. La serenidad de Octavio Augusto entorpeció la mano del galo que le quiso despeñar en los Alpes. Las armas se les cayeron de las manos á los conjurados viendo el agradable semblante de Alejandro. No tiene menos poder y eficacia para el terror el semblante fiero, que para el amor el benigno. Vencido Cayo Mario de Sila, estuvo escondido en Minturno, donde fué hallado; y puesto en prision espantó á un galo que iba á darle la muerte mostrándosele feroz en los ojos y en el rostro; y acogiéndose en un barco de pescadores, pasó á Africa, donde se guardó para mejor fortuna. El gran Julio Cesar con una sola mirada ¿no apaciguó dos legiones amotinadas?

No es lugar este para escribir de la accion teatral, pues no se trata de formar un cómico, ni un pantomimo. Mi propósito se reduce á confirmar las doctrinas sembradas en este breve tratado con algunos egemplos, para demostrar cuan poderoso es el imperio del gesto en los ánimos tiernos, cuan eficaz la fuerza de la accion, y cuantas palabras ahorra el que sabe recurrir á esta retórica enfática. En la magnífica escena de Heraclio

(tragedia de Corneille) se introduce al emperador Focas ignorando cual de los príncipes que tiene á su lado es su hijo, y permanecen ambos inmóviles y mudos. *Marciano....!* (esclama:) *y ninguno me responde!* Este es uno de los pasos escenicos que la elocuencia escrita jamas podrá representar; aquí es donde el gesto triunfa de las palabras. Hay espresiones sublimes en la escena muda que toda la elocuencia vocal no es capaz de producir. Tal es la de Macbeth en la tragedia de Shakspeare. La somnambula Macbeth viene á paso lento y turbado y con los ojos dormidos, imitando la accion de una persona que se lava las manos, todavía teñidas con la sangre de su príncipe que veinte años antes habia asesinado. ¡Qué imágen tan patética y tan viva del remordimiento es el silencio y el movimiento de las manos de aquella muger! ¿Qué razones podrian esprimir con tanta energía y verdad la perturbacion de aquel ánimo? ¿A quién no moverá á compasion y á deleite juntamente la muerte de Epaminondas en la batalla de Mantinéa? Cae herido de un flechazo: los médicos le dicen que espirará si le sacan la saéta. Pregunta entonces por su escudo, y respondenle que no se ha perdido: oido esto, se arranca él mismo el acero, para morir, aun en medio de tan gran dolor, con la loa y gloria de su buen ánimo. ¿Dónde se hallarán palabras que con tanta brevedad y valentía retraten el esfuerzo, contento, y pundonor de un guerrero en tan deplorable trance?

En toda agitacion y lucha interior y esterior del ánimo de un orador que esfuerza sus razones con la accion y el gesto, nos revestimos, sin sentirlo, de sus afectos, que hacen callados mas

impresion que pronunciados. Estos afectos son mas conocidos y visibles en las representaciones mímicas del teatro, en donde los espectadores padecen la misma inquietud del actor cuando esplica en sus ojos, semblante, y pasos, ya la ira, ya el dolor, ya la venganza, ya el temor, ya la desesperacion. La viveza y naturalidad del autor deben ser tales, que nadie pregunte ¿qué dice ahora ese hombre? Es cierto que él no habla; pero todos leen lo que calla, esto es, cada uno allá dentro de su pecho, segun su grado de sentir, pone la letra, porque el diestro pantomímico hace inútiles las palabras; y todos le entienden, porque habla el idioma universal, el de todos los sentidos.

De aqui viene que la impresion de la escena muda es mas viva y profunda, porque no pudiendo el actor servirse del instrumento de la voz, tiene que apelar al sumo esfuerzo de la accion y del gesto para declarar, sin velo ni intérprete, su pasion. El espectador, que tampoco puede servirse del órgano del oido, tiene que avivar mas el de la vista, haciendo trabajar las potencias todas para interpretar aquello mismo que está viendo; no de otra suerte que los ciegos, que egercitan mas el oido y el tacto para suplir el oficio de los ojos. El efecto de la pantomima es mas sensible, porque en estas representaciones hacemos la obra á medias el espectador y el actor, si son imitaciones morales, las que á veces, sin consentimiento de nuestra razon, nos hacen tomar parte en los afectos agenos que nos remueven los nuestros. De aqui nace aquella ansia y fatiga, aunque deliciosa, que sentimos irresistiblemente en estas representaciones, cuya

impresion es mas interna cuanto es mas breve y concisa su espresion muda.

Por otra parte ¿ quién puede dudar de que la elocuencia y la pintura no tengan un mismo principio y fundamento? ¿ No vemos pinturas que nos hablan con mucha energía y locanismo? A la vista de un cuadro ¿ no nos alegramos, entristecemos, enternecemos, y horrorizamos? Publio Lucio Escipion, para memoria de la posteridad, colocó una tabla en el Capitolio, que representaba muy al vivo la batalla y victoria asiática: y cuéntase, que mirandola su hermano el Africano, se demudó y encendió todo en ira, y echó mano á la daga, cuando vió como los enemigos llevaban preso á su hermano Lucio Paulo despues de la victoria de Perséo. Admirado Pandémo, pintor famoso, de ver una imágen de Jupiter Olimpo que Fidias habia entallado en marfil, preguntó al artista ¿ de qué modelo la habia sacado? Y respondióle Fidas: de tres versos de Homero que dicen como Jupiter lo concedió.

Moviendo la cabeza blandamente,
Y sus dos negras cejas inclinando,
Con que hizo temblar á todo el cielo.

Engrandecen mucho los intérpretes en este pasage la magestad y autoridad de Jupiter, que con solo casi bajar los ojos y cabeza manifestó su aprobacion y consentimiento; queriendonos advertir que el pensamiento y mente divina con solo un movimiento de frente se da á entender. Mas, cuando el mismo Homero habla de Juno, para guardar el decoro y diferencia en todo, dice de ella, en ocasion, de representarla en igual acto;

Rodea con sus ojos todo el cielo,

Como que le fuese menester mover todo el cuerpo, y no solas las cejas como Jupiter. Con esta elocuencia figurada consiguió Fidias que se dijese que solo él veía los dioses.

Y si en otras ocasiones no alcanza la misma pintura á espresar la vehemencia de un sentimiento, ¿ qué hará la rudeza de la lengua humana sino borrarlo? Cuéntase de Timantes que, habiendo pintado en una tabla el sacrificio de Ifigenia, hija de Menelao, y dibujado al rededor de ella los deudos en gran manera tristes, y á la madre mucho mas triste; cuando vino á querer dibujar el rostro del padre, cubriólo de industria con un velo, para dar á entender que allí ya faltaba el arte para esprimir cosa de tan gran dolor.

En todas las naciones sabemos que la primera elocuencia fué la que habla á los sentidos: y de ella se sirvieron en tiempos mas cultos grandes varones para mostrar su autoridad y grandeza de ánimo en casos peligrosos, ó desesperados. ¡ Qué viva y persuasiva fué la retórica de Mucio Escevola con los cartagineses, el cual, habiendo dado su embajada en el senado ellos con ingenio y cautela púnica, le representaron dos tarjas ó tablillas: en la una estaba figurada la paz y en la otra la guerra, para que eligiese á su arbitrio lo que mas le pluguiese: y él, echando manos de ambas, se las presentó despues dándoles á escoger! Con esta aguda y astuta respuesta desbarató la cautela contraria, advirtiendo que los romanos eran mayor potencia que sus enemigos. Yendo tambien Enéyo Pompilio, embajador del Senado y pueblo romano, al Rey Antioco para que se apartase de la guerra con que molestaba á Tolomeo; luego que llegó á su presencia le ofre-

ció el rey la mano en señal de amistad, y él no quiso darle la suya, sino entregarle las cartas y decretos del senado que, leidas por Antíoco, dijo que cumpliria el consejo. Indignado Pompilio, hizo con la vara que traia un círculo en el suelo en rededor del Rey, amenazándole que no saldria de hallí hasta haber dado respuesta al Senado si queria paz, ó guerra. Quebrantóle tanto el ánimo esta arrogancia, que luego respondió que estaba pronto á la obediencia del Senado. Suele la conciencia de las buenas obras ser tenida en tanto cerca de los sabios y valerosos, que de sí misma se contenta, y no procura favor popular, ni consiente que le ande mendigando. Confiado Escipion el Africano en ella, habiéndole llamado para que ante el pueblo se descargase de la calumnia que le imponian de haber defraudado el erario en el despojo de Antíoco; se puso en pié, diciendo: *tal dia como hoy vencí á Cartago, y será bien que en memoria de ello vamos todos á dar gracias á Jupiter.* Y siguiéndole todo el pueblo, se fueron al Capitolio, dejando á los jueces con solo el acusador y el pregonero. En este hecho la accion y continente del acusado declaró y aumentó el alto sentido de las palabras.

Ya hemos dicho que el lugar, el concurso, las costumbres, y leyes de los pueblos ayudan mas ó menos á la elocuencia que arrebata entrando por los sentidos. Sabemos que en Grecia, antes de decir el orador el panegirico fúnebre de los guerreros que habian sacrificado su vida por la patria, se preparaba el ánimo de los oyentes por medio de un solemne y venerable aparato que hería y cautivaba los ojos del pueblo congregado al rededor de los muertos, sobre cuyos huesos

esparcia guirnaldas de flores y arómas, y los acompañaba al tercero dia con pompa funeral al lugar de la sepultura.

En Roma tambien cuando los varones principales de la república que debian algun dia mandar los egércitos y regir las provincias, defendian la hacienda, la honra, y la vida de los ciudadanos en el foro ante el pueblo, y en presencia de los dioses Penátes, era necesario que el orador recurriese al encanto del espectáculo para salir victorioso. No siempre eran causas de intereses privados; á veces se mezclaba en ellos la causa pública. No eran solo personas particulares, de cuya suerte se trataba, tambien eran puestos en juicio Pretores, Cuestores, y Procónsules, demandados por diputados del Asia, ó del África, quejosos de sus desafueros.

Para conmover al pueblo, para enternecer á los jueces, se armaban los oradores con la elocuencia que hiere á los ojos, mas poderosa que la que capta los oidos; y entrándose por aquellas dos puertas cosarias del alma, se enseñorea de ella. Allí se presentaban los reos, mudos, llorosos, y cubiertos de luto; los padres ancianos, pidiendo la restitucion de sus hijos, las mugeres y los huérfanos clamando amparo y favor. Se descubrian á la vista de los jueces las heridas de los guerreros que habian peleado por la patria. Otras veces los oradores, volviendose á las estatuas de los dioses patrios, ó á sus templos, imploraban su potencia y proteccion para que salvasen la inocencia, y alumbrasen con su alta inspiracion el entendimiento de los jueces. Y éstas invocaciones, estos votos, estas patéticas representaciones, sostenidas con un espíritu clo-

cuente, y animadas con el acento del dolor, y á veces con el llanto, debian provocar á ternura y lágrimas á un gran pueblo congregado, esperando aquella piedad y conmiseracion que jamas los espíritus generosos y enternecidos negaron á los desdichados.

FIN.

INDICE

DE LA DIVISION DE LA OBRA.

INTRODUCCION. pag. 1

CALIDADES DEL TALENTO ORATORIO. 11

De la sabiduría. 15
De la imaginacion. 18
De los sentimientos del ánimo. 26
Del gusto. 33
Del ingenio. 39

TRATADO DE LA ELOCUCION.

PARTE PRIMERA.

DE LA DICCION. 48

ARTÍCULO I.—*De la estructura de la sentencia.* 48
De las sílabas. 48
De las palabras. 54
De los incisos ó comas. . . . 58
De los colones. 60
Del período. 61
ARTÍCULO II.—*Del número oratorio.* 68
De la armonía. 73
Colocacion de las palabras. . 81
ARTÍCULO III.—*De la propiedad de la diccion.* 87
Términos sinónimos. 89
De las palabras facultativas. 100
De los arcaismos. 106